

Tipos populares

«Nicasio»

En el pasado número 50 de la “Revista d’Informació Municipal” terminamos con la tercera entrega de la serie dedicada al famoso y desaparecido “trinquet de Burjassot”, trabajo en el que he sido honrado citándose como coautor del mismo junto con el buen amigo Santiago López García, al que tengo que agradecer su persistente y meritorio trabajo.

Hoy traemos aquí a estas páginas la memoria de un vecino nacido en esta localidad, el cual verán, por lo que a continuación mencionamos llegó a ser muy popular y querido de los vecinos de Burjassot, que fué todo un símbolo y causó tristeza su fallecimiento. Dicho personaje fué recordado por mucho tiempo por todos los vecinos de Burjassot, por su afable trato y comportamiento.

Dicho personaje, llamado Nicasio mereció que el cronista López Laguarda le plasmara literariamente en uno de sus libros, dentro de un estudio de tipos populares.

Su descripción a modo de retrato es estupendo, y por todo ello me he permitido transcribir aquel texto.

Mi labor, ha estado aquí en copiar lo que escribió y publicó en 1.952 el Doctor D. Juan José López Laguarda en su libro “Del Burjasot de antaño”, y traerlo a las páginas de esta revista para recordatorio de los lectores.

Arturo Alonso Castillo

Aclarado esto, leamos aquel texto:

“Así, solamente por su nombre de pila y sin apellido ni mote, se designaba por todo el pueblo al sacristán “mayor” de la parroquia; quizá la rareza de su patronímico constituía ya de por sí un apodo, de tal manera vinculado a su cargo, que en nuestra infancia llegamos a sospechar si a todos los sacristanes mayores del mundo se les llamaba “Nicasio”.

Era éste de mediana estatura, cara angulosa de salientes pómulos que, junto con la prominencia de sus hirsutas cejas, sombreaban unos ojos negros hundidos en la profundidad de excavadas cuencas. Pelo entrecano, barba cerrada y acusado mentón, completaban su fisonomía terminada en el cuello, ya que su delgado cuerpo quedaba invariablemente cubierto por el sobrepelliz dejado de caer al desgair encima de la sotana negra “verdesolada”.

Solía hablar atropelladamente, en verdaderas explosiones de frases durante cuya expresión cerraba los ojos para abrirlos en las pequeñas pausas que una respiración entrecortada le imponía; y se acompañaba de un gesto brusco con caracteres de “tic” nervioso, cuando al denegar cualquier cosa que del

servicio religioso se le solicitaba, respondía cerrando los ojos y moviendo reiteradamente la cabeza de uno a otro lado con rapidez. “No pot ser, no pot ser, no pot ser!...”

Por lo demás, era un bonachón a quien fácilmente se le convencía pasado el primer arranque de su genio áspero y hasta toleraba inocentes bormas de los “escolanets”, sus enemigos naturales, que de vez en cuando -cosas de chicos- le gastaban; ante la gracia de la travesura, desarrugaba entonces el entrecejo, coloreándose el rostro en cuyas sienas se acentuaba la turgente sinuosidad de sus venas y se separaban las comisuras de sus labios, dejando paso a franca sonrisa que duraba unos instantes, los suficientes para que la pléyade de monaguillos pusieran a buen recaudo de sus alpargatas negras la parte de los infantiles cuerpos “en que la espalda pierde su honesto nombre”.

Como fácilmente se comprenderá, un hombre que “desde los más remotos tiempos” había dedicado su vida al servicio de la parroquia, era para ésta y para sus feligreses una verdadera institución: El sabía dónde estaban todas las cosas; dónde se almacenaban los adornos del “monument”; en qué cajones se guardaban los ornamentos litúrgicos de más valor para las fiestas solemnes o para oficiantes distinguidos; los cálices y patenas para la celebración de las misas mayores; los frontales de seda bordados a realce en oro que enriquecían magníficamente el altar mayor; los candelabros de bronce sobredorado en los que embutía irrepugnablemente los gruesos círios macizos, sin menoscabo de su verticalidad; los blandones con los que se acompañaban al Santísimo y que personalmente repartía a las autoridades e invitados; los barrocos fanales de amarillo y escarolado latón que llevaban los de la Minerva en sus festivades y en los silenciosos y solemnes “combregars”; los reclinatorios de torneados barrotes y almohadas de rojo terciopelo para la vela nocturna; las alfombras de nudo para el altar mayor y escaleras de acceso; los sillones de “rebost”, en los que plácida y beatíficamente reposaban los celebrantes durante el “Credo” y el sermón de las fiestas patronales; las bolsas de damasco en las que insaculaba por medio de las correspondientes “bolletes” los nombres de los cofrades, entregándolas al predicador para que sorteara los futuros clavaríos o clavarías; el soberbio palio de recamada seda que anudaba meticulosamente a las doradas barras, dejándolo ya armado y plegado a la salida de la sacristía; el catafalco para la imagen yacente de la Assumpta; las andas de las diversas cofradías, entonces muy numerosas, y de cuyo orden en las procesiones fijaba sin apelación: “Ara vosatros i después els lluisos..”

El repartía personalmente las convocatorias de la Minerva y de las distintas asociaciones religiosas; concertaba los ani-

«Era éste de mediana estatura, cara angulosa de salientes pómulos que, junto con la prominencia de sus hirsutas cejas, sombreaban unos ojos negros hundidos en la profundidad de excavadas cuencas. Delo entrecano, barba cerrada y acusado mentón...»



versarios y las misas; distribuía el incienso en “les gavetes” y el vino en las vinajeras, sin que por ello perdiera de vista a la escolanía, que más de una vez se las vaciaba, festejando el hurto “a posteriori” con un cigarro de los de “garbeta” fumado “de ocultis” en el corralillo de la iglesia y durante el sermón de la misa mayor.

El era quien llevaba la cruz parroquial en las procesiones, precedido de la “donçaina” y el “tabalet” y flanqueado por los candelabros que dos monaguillos llevaban enhiestos. De vez en cuando se detenía para que al acompañamiento se concentrase evitando los claros, y entonces se volvía a repartir algún que otro pescozón a los acólitos y a los niños que iniciaban, como siempre, el cortejo y que se entretenían moldeando con la cera desprendida figuras grotescas que provocaban su retzona hilaridad.

Ni que decir tiene que tantos años de sacristán le daban la

ventaja de conocer a todo el pueblo, entendiendo como tal a los vecinos de lo que podríamos llamar el casco antiguo, ya que para él no contaban los que vivían más allá de la Ermita, hasta el extremo, de que si alguna vez en sus caminatas a lo largo de las calles repartiendo convocatorias o haciendo otras diligencias propias del cargo, le sorprendían los melancólicos y graves tañidos de las campanas “tocando a muerto”, si éste radicaba fuera de los ámbitos antes señalados, solía contestar a las curiosas mujeres que, asomándose a la puerta de sus casas, le interpelaban:

-Qui s'ha mort, Nicasio ?

-No es ningú; no es ningú! Es... d'allà dalt! “

Juan José López Laguarda (Valencia - 1.952)

De la Real Academia de Medicina - Director correspondiente del Centro de Cultura y Cronista Oficial.